

»sado; preveía las consecuencias de las tempestades de mi patria y admiraba vuestra indolencia. En cuanto á mí, me preparaba en silencio al cambio que iba á tener en mi situación. En efecto, bien pronto me fué preciso dejar aquel destino, abandonar aquel palacio y aquella Venecia que se me habia hecho tan querida, para principiar una carrera de destierros, de aventuras y de miseria, que me ha traído aquí... en donde voy á asistir tal vez—continuó el desterrado con tristeza—al abandono de mi rey por un ejército de reyes.» El marqués de Bombelles se alejó para ocultar su dolor y se fué cerca de otra hoguera, tapándose la cabeza con la capa.»

III

El marqués de Bombelles habia sido enviado al cuartel general por el baron de Breteuil para velar por los intereses de Luis XVI. Los consejos no escaseaban en la tienda del rey de Prusia. Los príncipes franceses proponían que se marchase sobre Chalons. El rey se inclinaba hácia los partidos más audaces y decisivos. El duque se oponía enérgicamente á que se marchase adelante. Este hacia presente la distancia que habia hasta Verdun, arsenal y almacén del ejército; la dificultad y lentitud de las comunicaciones, la disminucion diaria de los confederados, lo avanzado de la estación, los refuerzos que recibían los franceses en su propio terreno, la dificultad de pasar los desfiladeros de Grandpré sin experimentar grandes desastres si, batido el ejército, tuviese que reconquistar el camino de Alemania, y finalmente, concluía por que se esperase el resultado de las negociaciones, sabiendo muy bien que sólo con esperar se aumentaría el peligro y adquiriría más fuerza el partido que estaba por la retirada. Así se pasaban unos días que eran muy preciosos. El rey empezaba á ceder, y era evidente que no buscaba en los términos de la negociacion sino un pretexto para cubrir el honor de sus armas, contentándose con las garantías más ilusorias sobre la vida y la libertad de Luis XVI. Dumouriez y Danton se las dieron.

Westermann fué enviado de nuevo á Paris, y representó confidencialmente á Danton la verdadera situación de los espíritus en los dos campos. Dumouriez le habia encargado, para cubrir las apariencias, de llevar unos pliegos para el ministro de Negocios extranjeros, Lebrun. «Si tengo al rey de Prusia aún ocho días en jaque,—escribía el general á Lebrun,—su ejército será derrotado sin haber combatido. Este príncipe está muy indeciso, y quiere encontrar un medio para salir del atolladero. Puede que su desesperacion le lleve á atacarme si no halla quien le dé un remedio aceptable. Entre tanto, yo continúo cortando mis plumas á sablazos.»

La carta reservada que el general en jefe escribió á Danton confesaba una negociacion más avanzada. «El rey de Prusia pide, ántes de tratar con nosotros,—le decia,—unas noticias detalladas sobre Luis XVI, sobre la naturaleza de su cautiverio, sobre la suerte que se le prepará y sobre las consideraciones que se tienen con una testa coronada.»

Danton queria que se desocupase el territorio á toda costa. Esta medida era absolutamente necesaria para la fundacion de la república, y era la única que podia borrar el horror de que los crímenes de Setiembre empezaban á cubrir su nombre

y su poder. Además, Danton, ligado con la corte por antiguas relaciones, deseaba en el fondo de su corazón salvar la vida del rey y la de su familia. Encargó á sus agentes del Consejo municipal que visitasen á Luis XVI en la torre del Temple, y que le diesen sobre la situación de los augustos presos un informe oficial en que la detencion política del rey se disfrazase bajo la apariencia de una solicitud por conservar sus días, y en la que bajo las formas del respeto y de la compasión se ocultasen las murallas, los cerrojos y los rigores del Temple.

El corregidor Petion y el procurador Manuel se pusieron de acuerdo para secundar las miras de Danton, pidiendo al ayuntamiento una copia de todas las disposiciones relativas á la torre del Temple. Ellos mismos fueron á aquella prision, interrogaron al rey, afectaron haber ido allí para compadecer respetuosamente y dar algun alivio al ilustre cautivo, y remitieron á Danton una sumaria informacion en la que constaban todas las pruebas del interés que habian tomado por la familia real. Estos pasos fueron conocidos en Paris, y coincidiendo con la evacuacion del territorio, acreditaron el rumor de una correspondencia secreta entre Luis XVI y el rey de Prusia, en la cual decían que Manuel habia sido el mediador; añadiéndose que aquella correspondencia tenia por objeto obtener la retirada de los prusianos, á condicion de que habia de salvarse la vida á Luis XVI. Esta correspondencia no ha existido nunca. Los agentes de Luis XVI en el campo del rey de Prusia, que eran los señores de Breteuil, de Calonne, de Bombelles, de Moustier, y los mariscales de Broglie



Dumouriez revistando las tropas la víspera de la batalla de Valmy.—Pág. 98.

y de Castries, no cesaron hasta el 29 de pedir que se diese la batalla y que se marchase sobre Paris, único medio, segun ellos, de devolver la libertad al rey de Francia.

Sin embargo, Westermann regresó de Paris con aquel documento, destinado á adormecer los escrúpulos caballescicos del rey de Prusia. Dumouriez le remitió al cuartel general prusiano por su confidente íntimo Thouvenot. Autorizado éste con amplios poderes de su general y amigo, dió verbalmente al duque de Brunswick la seguridad de las disposiciones personales de Dumouriez. «El general está resuelto á salvar al rey y á regularizar la revolucion,—dijo el coronel Thouvenot;— él se declarará por el restablecimiento de la monarquía cuando sea tiempo y cuando haya preparado su ejército á obedecerle y puesto á Paris en estado de temblar sólo con su presencia. Pero para esto es necesario una gran popularidad. La evacuacion voluntaria del territorio por el rey de Prusia, ó una victoria decisiva sobre vuestro ejército, son las únicas cosas que pueden darle esta popularidad. El general está igualmente dispuesto á la batalla que á entrar en negociaciones. Escoged.»

IV

El duque de Brunswick transmitió al rey de Prusia los documentos relativos á la torre del Temple, y le dió cuenta de lo dicho por Thouvenot. El último Consejo de gabinete fué convocado para el 28, en presencia del rey. El duque habia preparado con anticipacion los papeles y los informes. Dió cuenta al rey del estado de la negociacion secreta, por la cual no quedaba otra esperanza de salvar la vida de Luis XVI que la evacuacion del territorio frances, y depositó en la mesa los pliegos que habian llegado aquella noche de Inglaterra y Holanda anunciando que estos dos gobiernos rehusaban formalmente tomar parte en la liga contra Francia. En fin, confirmó la confidencia hecha á Massembach por el general Dillon, y mostró á Custine moviendo ya sus columnas sobre el Rhin y pronto á cortar la retirada al ejército prusiano. Rogó al rey que cediese á la vez á su generosa compasion por Luis XVI y á los intereses de su propia monarquía, no penetrando más adelante en un país en que las pasiones estaban en efervescencia, y que no arriesgase una batalla, cuyo resultado más ventajoso sería verter sangre prusiana inútil y aisladamente por una causa abandonada por Europa. El rey se avergonzó y cedió. La orden para prepararse al combate, dada el dia anterior, se convirtió en orden de prepararse á marchar. La retirada quedó resuelta definitivamente.

Un convenio tácito quedó concluído desde aquel momento entre los generales de los dos ejércitos. Dumouriez lo explicaba así en una carta dirigida al ministro Lebrun. «Es menester mirar todo esto — le decia — como una negociacion puramente militar, tal como las hacian los capitanes griegos y romanos á la cabeza de sus ejércitos. Elevémonos hasta aquellos tiempos heroicos si queremos ser dignos de la república que hemos creado.» Ocultando bajo estas palabras la naturaleza de la negociacion, que, militar en la apariencia, era política en el fondo, Dumouriez ponía de manifiesto una parte de ella para ocultar el resto.

En este convenio militar se establecía que el ejército frances se obligaba á no inquietar á los prusianos en su retirada hasta el Meuse, y que al otro lado de este rio, el ejército frances observaría los movimientos sin atacar, á condicion que el

rey de Prusia entregaria sin combate las ciudades de Longwy y Verdun, ocupadas por sus tropas. El convenio político y verbal respondia al rey de Prusia de la vida de la familia real y de los esfuerzos de Dumouriez para restaurar la monarquía constitucional y moderar la revolucion. Este tratado, cuya existencia ha sido objeto de tantas controversias y de tantas acusaciones, no puede en el dia ponerse en duda. El honor del gabinete prusiano le obligaba á negarlo y atribuir la retirada pacífica del ejército coligado á la habilidad de sus maniobras y á la impotencia de los franceses, pues que de este gabinete han salido con el tiempo la confesion, los testimonios y los documentos que demuestran la realidad de la negociacion. Esta descifra por sí sola la inexplicable conducta de Dumouriez en dejar efectuar impunemente al duque de Brunswick y al rey una marcha de flanco que los exponia á ser cortados si el ejército frances no hubiese medido sus pasos para marchar con igual lentitud que el prusiano; de suerte que más bien parecia que aquél iba acompañando á sus enemigos, que el que quisiese echarlos de sus fronteras.

V

Esta negociacion de Dumouriez no fué ni traicion ni debilidad. No fué más que el instinto del patriotismo y del genio de las circunstancias. Salvó á Francia con su actitud, en lugar de comprometerla dando un golpe. Una evacuacion cierta valia más para Francia en su apurada situacion que una batalla dudosa. Si hubiera atacado la retaguardia, el duque de Brunswick, con cuarenta mil hombres más que Dumouriez, podia revolverse y deshacer al ejército frances. Francia carecia de otro ejército, y tampoco tenia un segundo Dumouriez. Una derrota la entregaba á la invasion, y las consecuencias hubieran sido destruir la república, apénas afirmada por la victoria del 10 de Agosto. Más interesado Danton que nadie en que se adoptasen medidas desesperadas, lo conoció así, y fué cómplice de la prudencia de Dumouriez. Su energía, capaz de conducirlo hasta el crimen, no era para llevarle á la demencia. Tomó, pues, el convenio y la tregua bajo su responsabilidad.

Dumouriez tuvo otro motivo para no abusar de la retirada y para contemplar á los prusianos. Como habia sido diplomático ántes que soldado, sabía que las coaliciones llevan con ellas las rivalidades ocultas que deben disolverlas. Rusia y Austria iban á disputar á Prusia los restos preciosos de Polonia, miéntras que el ejército prusiano consumia sus fuerzas en la cruzada de los reyes contra Francia. El gabinete prusiano y el duque de Brunswick no disimulaban estos peligros. Una alianza con Francia, aunque fuese republicana, podía entrar en el pensamiento secreto del gabinete prusiano. Era necesario no contrariar este pensamiento reservado del rey de Prusia y de su nacion, llevando la guerra hasta el derramamiento de sangre, y el paso retrógrado del rey hasta la humillacion. Dejar á los prusianos los honores de la guerra y expulsarlos del territorio de la república, era una profunda habilidad. Siempre se está á tiempo de reconciliarse con un enemigo cuyo orgullo no se ha herido. La libertad tenia demasiados enemigos en el continente para no reservarse una alianza en el corazon de Alemania. Pero el verdadero y secreto motivo de Dumouriez era personal. Una guerra de ardidés, que podia prolongarse todo el invierno y aún toda la campaña siguiente contra los prusianos, en los Ardennes y sobre el Meuse, no convenia ni á su situacion política ni á su

ambicion. Dumouriez necesitaba dos cosas: adquirir el título de libertador del territorio frances, y quedar en libertad para llevar á otra parte su actividad y su genio. La retirada pacífica de los prusianos, y un tratado secreto con esta potencia, le garantizaban estas dos necesidades de su situacion. Tranquilizada la Convencion respecto á esta parte de la frontera, le permitiria realizar su ensueño militar y llevar la guerra á Bélgica. Venciendo á los prusianos en el interior, quedaria vencedor de los austriacos en sus propios dominios. Al título de libertador del territorio de la república añadiria el de conquistador del Brabante. Con esta doble corona de gloria, ¿qué era lo que no podria intentar en beneficio del rey, de la república, ó de sí mismo? ¿Restableceria á Luis XVI sobre un trono constitucional? ¿Crearía una dinastía nueva emanada del seno de la revolucion, en la persona del jóven duque de Chartres, hijo del duque de Orleans, que acababa de aparecer en medio del fuego de Valmy como coronado con la aureola del porvenir? ¿Abandonaria á Francia á sus convulsiones, y se crearia él mismo una potencia independiente en las provincias belgas, arrancadas por él á la opresion austriaca y á la expoliacion de Francia? Indeciso se hallaba sobre el partido que le convenia, pero pronto á tomar aquel que más cuadraba á sus intereses. Sin embargo, ante todo era menester conquistar á Bélgica. Dejó á sus tenientes que siguiesen lentamente al ejército prusiano, que se retiraba sembrando sus campamentos y los caminos por donde pasaba de víctimas de las enfermedades que habia contraido en las inmediaciones del bosque de Argonne, y que lo diezaban cruelmente, y se fué á triunfar á Paris.

VI

La tarde de su llegada á la capital, Dumouriez se arrojó en los brazos de Danton, á pesar de la sangre del 2 de Setiembre, sangre de que aquel ministro estaba cubierto. Estos dos hombres se comprendian á pesar del horror de la época: el uno era la cabeza, y el otro el brazo de la patria; así es que se juraron alianza y amistad recíprocas, persuadidos de que eran mutuamente necesarios. Danton era el complemento de Dumouriez, y éste era el de Danton. El uno respondia del ejército, y el otro del pueblo. Ambos se reconocian dueños de la revolucion.

Hacia este tiempo el duque de Chartres, que fué despues rey de los franceses, se presentó en la audiencia del ministro de la Guerra, Servan, para quejarse de una injusticia que le hacian las oficinas. Servan estaba enfermo en la cama, y escuchó con distraccion al jóven príncipe. Danton estaba presente, y parecia que mandaba en el ministerio de la Guerra más que el mismo ministro; así es que no tuvo inconveniente en llamar aparte al duque de Chartres, al cual dijo en voz baja: «¿Qué haceis aquí? ¿No estais viendo que Servan es un fantasma de ministro, y que no puede ni servir ni perjudicaros? Venid mañana á verme; yo os oiré y arreglaré ese asunto». El duque de Chartres fué al dia siguiente á la cancillería, y Danton le recibió con una especie de sequedad paternal. «Y bien, jóven,—dijo al duque de Chartres,—se asegura que teneis ciertas conversaciones muy parecidas á la murmuracion, que criticais las grandes medidas del gobierno, y que mostrais compasion por las víctimas y horror hácia los verdugos. Id con cuidado, el patriotismo no admite tibieza, y teneis que haceros perdonar un gran nombre.»

El príncipe confesó con una firmeza superior á su edad que el ejército miraba con horror la sangre vertida en otra parte que en el campo de batalla, y que los asesinatos de Setiembre le parecia que deshonoraban la libertad. «Sois demasiado jóven aún para juzgar de estos acontecimientos,—le replicó Danton con actitud y tono de superioridad.—Para comprenderlos es necesario estar en la situacion en que nosotros estamos. La patria estaba amenazada, y ningun defensor se levantaba en su favor; los enemigos avanzaban é iban á sumergirnos en un abismo; hemos tenido necesidad de poner un rio de sangre entre los tiranos y nosotros. En lo sucesivo, callad. Volved al ejército, batios bien, pero no prodigueis inútilmente vuestra vida; os quedan aún muchos años que vivir. Francia no gusta de la república; conserva aún los hábitos, las debilidades y las necesidades de la monarquía. Despues de nuestras tempestades, ella se verá obligada á restablecerla por efecto de sus vicios ó de sus necesidades. ¿Quién sabe lo que el destino os tiene reservado? Adios, jóven. ¡Acordaos de la prediccion de Danton!»

VII

Al dia siguiente de su llegada, Dumouriez comió en casa de Roland con los principales girondinos. Al entrar en el salon, presentó á madama Roland un ramo de flores de adelfa, en señal de reconciliacion y como para tributar á los girondinos en su persona el homenaje de la victoria que acababa de conseguir.

La gloria de su campaña resplandecia en su varonil presencia, y todos los partidos querian iluminarse con sus rayos. Sentado entre madama Roland y Vergniaud, recibió con pensativa reserva los cumplidos de los convidados. La guerra entre ellos y los jacobinos habia principiado ya, aunque no ostensiblemente. Dumouriez no queria declararse sino por la patria. Madama Roland se lo perdonó todo. Despues de comer se fueron á la Opera, en donde fué aplaudido por todo un pueblo. Danton triunfaba á su lado en el palco del ministro del Interior, y parecia que le presentaba al pueblo. Madama Roland y Vergniaud llegaron al teatro algunos momentos despues, y abrieron la puerta del palco para entrar á acompañar al vencedor; pero al reparar madama Roland en el aspecto siniestro de Danton, que estaba sentado al lado de Dumouriez, hizo un gesto de horror, creyendo ver la figura del crímen al lado de la gloria. Parecióle que hasta ésta se manchaba con el contacto de Danton. Entónces se retiró sin que la hubiesen visto, llevándose consigo á Vergniaud. El hombre de Setiembre le ocultaba al hombre de Valmy.

Parecia que habia pasado un siglo desde el dia en que Dumouriez habia salido de Paris y el en que volvia. Habia dejado una monarquía, y encontraba una república. Despues de un interregno de algunos dias, durante los cuales el ayuntamiento de Paris y la Asamblea legislativa se habian disputado un poder caido en manos de los asesinos y recogido en medio de los charcos de sangre por Danton, único que se atrevió á hacerlo, la Convencion nacional se habia reunido y se preparaba á obrar. Habiendo sido ésta elegida entre el tumulto del 10 de Agosto y el terror de las jornadas de Setiembre, se componia de unos hombres que aborrecian á la monarquía y que tampoco creian en la Constitucion de 91, que era para ellos una transaccion intentada bajo el nombre de monarquía constitucional. Estos hom-

bres de ideas tan exageradas eran los únicos que correspondían á las circunstancias extrañas en que se hallaba Francia. En tiempos normales, jamás se les hubiera hecho caso. Los girondinos y los jacobinos, que se habian confundido por un momento en una conspiracion comun contra el trono, habian sido nombrados en todas partes por aclamacion para que terminasen su obra. Su mandato se reducía á acabar con lo pasado, destruir las resistencias, pulverizar el trono, la aristocracia, el clero, la emigracion, los ejércitos extranjeros, arrojar el guante á todos los reyes y proclamar, no la soberanía abstracta del pueblo, que se puede desnaturalizar en el mecanismo complicado de las constituciones mixtas, sino la soberanía popular que interroga hombre por hombre hasta el último de los ciudadanos, y que hace reinar con un irresistible poder el pensamiento, la voluntad y hasta las pasiones generales. Tal era el instinto del momento.

Todos los nombres que Francia habia oido pronunciar desde el principio de la revolucion en sus ayuntamientos, en sus clubs y en sus motines, se encontraban en la lista de los miembros de la Convencion. Francia los habia escogido, no por su moderacion, sino por su ardor; no por su sabiduría, sino por su audacia; no entre los hombres de edad madura, sino entre la juventud más alborotada y fogosa. Fué ésta una eleccion á la desesperada. La patria conocía que en los peligros en que su resolucion de cambiar la faz del mundo iba á arrojarla, necesitaba combatientes y no legisladores. Méenos que un gobierno, era una fuerza temporal la que quería constituir. Penetrada de la necesidad de la unidad y de la energía de accion, votaba á sabiendas una gran dictadura. Solamente que en vez de dar esta dictadura á un hombre, que podría engañarse, debilitarse ó hacerle traicion, se la daba á setecientos cincuenta representantes que le respondían de su fidelidad por sus mismas rivalidades, y que observándose los unos á los otros, no podrían detenerse ni retroceder en su marcha sin encontrarse con las sospechas del pueblo y el suplicio detras de ellos. No eran luces, ni justicia, ni virtud lo que se les pedía: exigíaseles únicamente una gran fuerza de voluntad.

LIBRO VEINTINUEVE.

Fin de la Asamblea legislativa.—La Convencion.—Disidencias.—El trono.—La república.—Los girondinos.—Collot-d'Herbois pide la abolicion del trono.—Los girondinos la adoptan.—Vergniaud propone que se redacte inmediatamente el acta de supresion.

I

El 21 de Setiembre á mediodía, las puertas de la sala del Picadero se abrieron, y se vió entrar lenta y solemnemente á todos aquellos hombres, de los cuales los más ilustres debían salir de allí para el cadalso. Los espectadores de la tribuna, puestos en pié, atentos é inclinados hácia la sala, reconocieron y señalaron con el dedo, nombrándose los unos á los otros, los principales miembros de la Convencion á medida que iban entrando.

Los miembros de la Asamblea legislativa escoltaron en cuerpo á la Convencion para abdicar en ella solemnemente. Francisco de Neufchateau, último presidente que habia sido de la Asamblea disuelta, tomó la palabra. «Representantes de la nacion,—dijo,—la Asamblea legislativa ha cesado en sus funciones y depone el gobierno en vuestras manos, dando á los franceses el ejemplo del respeto á la mayoría del pueblo. Las tres palabras de libertad, leyes y paz fueron escritas por los griegos sobre las puertas del templo de Delfos. Vosotros las imprimireis en todo el territorio de Francia.»

Petion fué nombrado presidente por unanimidad. Los girondinos saludaron con una sonrisa este presagio de su ascendiente en la Convencion. Condorcet, Brissot, Rabaut-Saint-Etienne, Vergniaud, Camus y Lasource, todos girondinos á excepcion de Camus, fueron á ocupar el sitio destinado para los secretarios. Manuel se levantó y dijo: «La mision de que estais encargados exigiria una sabiduría y un poder divinos. Cuando Cineas entró en el senado de Roma, creyó ver una asamblea de reyes. Semejante comparacion sería para vosotros una injuria. Aquí es necesario ver una asamblea de filósofos ocupados en preparar la felicidad del mundo. Pido que el presidente de Francia se aloje en el palacio nacional, que los atributos de la ley y de la fuerza estén siempre á su lado, y que cuando abra las sesiones, todos los ciudadanos permanezcan en pié».

Levantóse un murmullo de desaprobacion al escuchar estas palabras. El sentimiento de la igualdad republicana, alma de este cuerpo popular, se sublevó contra la sombra misma del ceremonial de las cortes. «¿A qué conduce ese honor que se pretende tributar al presidente de la Convencion?—dijo el jóven Tallien, que iba vestido de chaqueta.—Fuera de esta sala, el presidente es un simple ciu-